

## Solidaridad

FERNANDO BAENA VEJARANO

No solo somos personas, individuales, diferenciadas unas de otras por aparecer ante ellas como cuerpos diferentes, unos aquí, otros allá, cada uno con su propia historia biográfica, su pasado y presente, repartidos todos por las habitaciones de las casas, las calles de los pueblos, los centros comerciales de las ciudades, hablando cada uno a nombre de sí mismo. Cuando hablamos así, decimos “yo”. Yo esto, yo aquello, yo lo otro, ayer yo, mañana yo; hice eso o haré eso otro porque recuerdo, quiero, deseo o temo alguna cosa.

El lenguaje nos recuerda que también somos “nosotros”, y por eso es que los verbos se pueden conjugar, para designar que quien habla no es un individuo, sino un grupo, en primera persona del plural. Lo haré enseguida. Observemos la siguiente oración: nosotros somos parejas, familias, veredas, municipios, ciudades, naciones, planeta. Conjugar más a menudo los verbos de esta manera podría salvarnos del egoísmo, porque serviría como recordatorio de que somos el cuenco en el que se ha vertido una gran parte de lo que somos. Nos debemos al líquido vertido, aunque seamos muy particulares y diferentes entre nosotros. Y esa ambrosía o veneno de la que nos nutrimos para ser maravillosas o terribles personas se llama sociedad.

Somos un nudo de una red. ¿Es posible que respecto a una red de pescar se pueda afirmar que el nudo es diferente de las cuerdas que se han entrecruzado? No. Está hecho de ellas. El nudo sobresale, resulta notorio porque resulta de un tejido de cuerdas, pero puede deshacerse, se va a deshacer al cabo de algunos años o décadas de vida, enfermará y morirá ojalá después de haber servido para que el pescador trabaje, pero no por eso desaparecerán las cuerdas con las que se hizo el nudo.



Esas cuerdas son el lenguaje con el que aprendimos a pensar, los avances tecnológicos que nos proveyó la sociedad en la que crecimos, los procesos de socialización que recibimos de padres, educadores y medios de comunicación, los entornos culturales en suma. Pero sobre todo los afectos que tuvimos o de los que carecimos al nacer, en la primera infancia y hasta durante el embarazo. Eso nos marcó mucho.

Lo colectivo sigue vivo como un solo organismo, desde que apareció el ser humano sobre este planeta, como continuación de la gran red de la vida biológica y de esos tejidos animales que se llamaron primates. Átomos, moléculas, ADN, células, plantas, animales y humanos somos nudos del entretejido del universo. El cosmos ha sido siempre un colectivo de conciencia en evolución.

Cuando nos enseñan a preocuparnos los unos por los otros, a ser compasivos y amorosos, a apoyarnos mutuamente, a trabajar en equipo, es porque se requiere un esfuerzo psicológico para crecer. Lo normal es que de niños seamos egoístas, porque lo primero que aprendemos al crecer psicológicamente es a decir “yo”, a hablar en primera persona, y a rodearnos de posesiones que constituirán “lo mío”, así como a desarrollar destrezas y habilidades psicomotoras con el propio cuerpo. Pero luego viene la etapa de aprender a ponernos en los zapatos del otro, la de aprender a sentir, hablar y pensar en primera persona del plural, desde el punto de vista de que somos también un colectivo, y todo esto que es lo que constituye una de las inteligencias que más deberían transmitirnos, mediante el ejemplo, padres y educadores: la inteligencia ética, que tiene tres etapas llamadas preconventional, convencional y postconvencional, como descubrió un psicólogo llamado Kohlberg. No solo de saber matemática, música, lenguaje, deportes, artes e historia se trata educarse.

La solidaridad no se predica sino por el ejemplo. Las clases de ética y los sermones morales entran por un oído y salen por otro. Los políticos corruptos viven dando clases de amor. Y dar ejemplo desde lo más cotidiano, eso se llama modelar. Imitamos conductas y emociones solidarias, energías y lenguajes no verbales solidarios, expresiones y relaciones solidarias, como si fuera una epidemia, cuando alguien nos contagia de esas cualidades simplemente siendo así, todos los días, sin siquiera notarlo. El ser humano florece cuando se descentra. El ser humano reconoce lo que es cuando ama, valora al otro, escucha, ayuda, emprende colectivamente soluciones para las necesidades de todos. El ser humano se humaniza cuando se desgaja de la inmadurez egoísta, para aprender la felicidad de la entrega compasiva y emprende acciones generosas, conciente ahora sí de que no hay otro camino para ser más feliz que logrando su felicidad en grupo. Somos felices cuando nuestros hijos, padres, hermanos, parientes y amigos lo son. Por eso les ayudamos también a ellos a ser felices. La vida en pueblos pequeños, en zonas rurales, facilita las sonrisas, los encuentros, los detalles; y también la vigilancia y detección de las personas que en vez de trabajar con las comunidades para ayudarlas a progresar, las utilizan para manipularlas políticamente. El cambio comienza en casa. Así construiremos un Zaquencipá ejemplar para este país. Demos el paso. Y hablemos con frecuencia, por ejercicio, en primera persona del plural. Digamos “nosotros esto, nosotros aquello”. Resolverá casi que mágicamente nuestras disputas hablar así, para pensar así, y sentir la vida desde el punto de vista que nos eleva a contemplar las cosas de manera más amplia, para también, como personas e individuos, ser verdaderamente más felices.

| [Siguiente](#) →



[Históricos](#)

[Descargar](#)

[Quiénes somos](#)

[Cartas de los lectores](#)

[Suscríbete](#)

## La serpiente muisca

©CONEXIÓN ZAQUENCIPA

Como buenos sabios, los muisca, en lugar de tener el absurdo concepto de la naturaleza al servicio del hombre, la veneraban. Para ellos, dos animales representan el principio y el fin, el alfa y la omega. Se trata de la serpiente y de la rana. En realidad, son animales recurrentes en el simbolismo y en la iconografía de los tairona y de los muisca, dos pueblos pertenecientes a la familia lingüística chibcha; sin embargo, el diseño y probablemente la significación en cada caso toman distintos caminos, como se evidencia en la orfebrería y la cerámica de ambos grupos.



Para los investigadores ha sido una tarea ardua la consecución de datos que respalden los estudios sobre los mitos precolombinos, pues a la llegada de los conquistadores hubo incluso órdenes perentorias como la que aparece en la *Real Cédula* de 1577, dirigida al virrey de Nueva España, en la que se ordenaba desaparecer el libro quinto de la obra de fray Bernardino de Sahagún:

«Y estás advertido de no consentir que por ninguna manera persona alguna escriba cosas que toquen a supersticiones y manera de vivir que estos indios tenían, en ninguna lengua, porque así conviene al servicio de Dios, Nuestro Señor».

A lo que se puede agregar lo señalado por fray Pedro Simón en su *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales* (1982, 4: 364) cuando indica que:

«... ha habido naciones tan ciegas que han adorado serpientes, monas, ratones, gatos y aun quien ha tenido por dioses las legumbres de las huertas... Y mis intentos por ahora no ser más de tratar la ceguera y tinieblas en que los indios de este Nuevo Reino han estado cerca de esto, pues han corrido por persuasiones del demonio, enemigo del hombre y padre de mentira».

Pero volvamos a las figuras de animales. En los codiciados tunjos muisca —que contribuyeron en gran medida a la leyenda de *El Dorado*—, los motivos serpentiformes son un claro indicio de la importancia que el reptil tenía. Además, los ofidios también fueron el motivo de diademas, brazaletes, vasos y casquetes, y muchas veces, se adornaban con esmeraldas.

Un hecho particular que llama la atención es la cabeza de estas representaciones que incluye bigotes y, en ocasiones, orejas. No obstante, es claro que no se trata de una aproximación antropomórfica, pues en estos pueblos las barba y el bigote no estaba presente en las alegorías humanas. Se trata, más bien, dicen los expertos, de un acercamiento a la vida acuática, a esos peces endémicos de la Sabana que, además, fueron parte fundamental de la gastronomía muisca, el famoso *Eremophilus mutisii*, un bagre de agua dulce que en la región se conoce como *capitán*



Pez capitán de la Sabana

Por otra parte, lo que en apariencia serían unas orejas, parece ser que evocaban a los mamíferos carnívoros y la asimilación, que por momentos llega a incluir en la pieza cuatro patas, parece estar asociada a la también nativa, ágil y astuta comadreja. En la mitología muisca, la serpiente, la gran culebra, está íntimamente ligada con las lagunas y con lo femenino.

En Ráquira, Diego Castañeda, vigía del patrimonio, biólogo, ha elaborado en cerámica una representación de la serpiente muisca y la idea es que ella resida en la fuente del parque principal del municipio para que allí, nativos y foráneos, puedan rememorar el mito sobre *muyso aquycague*, término que, según algunos sería, en la lengua muisca, la culebra de tierra.



← Anterior |



Históricos

Descargar

Quiénes somos

Cartas de los lectores

Suscríbete